

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Los inmigrantes marroquíes

De los contenciosos que los gobiernos de Marruecos y España mantienen y que son, entre otros, Ceuta y Melilla, los pesqueros españoles que se meten donde no debieran, el papel que hay que desempeñar con el censo español que se esgrime en la descolonización del Sahara, y la situación de los inmigrantes marroquíes en España, es este último el más candente y cruel, puesto que afecta a muchos miles de marroquíes.

La angustiosa condición de los trabajadores marroquíes en nuestro país, puerta de entrada a Europa, se agrava día a día, y no se adivina cómo, de qué manera y cuándo pueda resolverse. Hace años hubo cierta permisividad o tolerancia española, nunca muy clara, hacia los inmigrantes de Marruecos que buscaban trabajo fuera de los dominios del monarca alauita, pues allí no lo tenían: aquí eran mirados con rareza, al principio, pero pronto se vio que eran buenos trabajadores, que aceptaban las tareas más dures, difíciles y peor pagadas. Empresas y patronos españoles empezaron a mirarlos con buenos ojos, pues eran mano de obra rentable, cobraban poco, no se les daba de alta en la Seguridad Social, y vivían austeramente, por no decir miserablemente, hacinados en barracones, en casas abandonadas e insalubres, durmiendo en chabolas bajo los puentes e incluso a la intemperie.

Muchos de ellos pasaban sólo un tiempo en España, para seguir después a otros países donde eran mejor pagados, sobre todo hacia Francia y también Bélgica, por razones idiomáticas además. Pero últimamente, al endurecerse la política de la Europa Comunitaria en cuestiones de inmigración, y al reforzarse los controles de vigilancia en la frontera francesa, se quedan más en España, o se quedaban hasta hace poco, en Andalucía, Valencia, Cataluña y también en Madrid.

Algunos traían los papeles en regla, los menos, y otros se colaban y eran considerados "ilegales" aunque trajeran pasaporte, pues carecían de visado, de permiso de residencia o bien de ambos papeles, o traían un falso visado de turistas. Otros llegaban a pelo, como quien dice, sin papel alguno y sin pasaporte, transportados clandestinamente hasta la costa española en barcas, lanchas, botes o cualquier artilugio que flotara. El riesgo que corrían y aún corren es gravísimo, y ha costado muchas vidas: se hundían las barcas o chalupas, chocaban contra algún arrecife y encallaban o volcaban: cientos de cadáveres de ahogados han llegado flotando hasta las playas de Cádiz y Málaga. Los que no se ahogaban y conseguían no ser apresados por las patrulleras guardacostas o por las lanchas rápi-

das de la Guardia Civil se dirigían y dirigen como pueden a lugares en donde saben que trabaja algún pariente o amigo, o si no vagan hacia Málaga o Almería —a El Gido, claro— en sus primeras etapas, y aceptan cualquier trabajo. Hay otros, sin embargo, que no se dejan "embarcar" en el sucio, caro y peligroso cruce del estrecho, y consiguen llegar como polizontes en transbordadores y cargueros, o mediante el soborno a lado y lado; hay una red de tra-

gración de la Comunidad Europea, en su también reciente reunión en Dublín, ha endurecido aún más la cuestión, y ha arrastrado al Gobierno español a promulgar la ley de Extranjería, que adjudica a España el papel de gendarme en el sudoeste del continente.

La oleada de xenofobia ya desatada en Europa ha despertado los nunca apagados rescollos de intolerancia y de racismo en nuestro país: los inmigrantes marroquíes ya no son

considerados, en variados y no pocos sectores de la población, como pacíficos, simpáticos y laboriosos "moritos", sino como maleantes, infieles, drogadictos y camellos, vagos y maleantes "morazos" que corrompen con la venta de drogas a nuestra inocente juventud y que violan o chulean a "nuestras mujeres": hay que echarlos, expulsarlos, como en una nueva reconquista.

He visto a los que llegaban, expulsados de España, de regreso: los habían conducido hasta Algeciras en autocares carcelarios, sin ventanas y hacinados como ganado, y una vez en Ceuta, fueron entregados a la policía marroquí, que los dejó partir, sin ayuda alguna, a su cábila o ciudad, a sus pobres hogares de los que salieron para matarse a trabajar y encima para enviar lo poco que podían ahorrar a sus familias. No entienden lo que les ha pasado: "Trabajábamos duro, señor, y no le quitamos un puesto de trabajo a ningún español, eran faenas que ellos no querían hacer". Los más desengañados son precisamente los rifeños, pues chapurreaban castellano, residuo de la desafortunada y catastrófica guerra del Rif, y de lo que fue el "Protectorado Español de Marruecos".

Avergüenza y duele su situación, y más todavía la increíble pérdida de memoria de muchos españoles que, en los años sesenta, vieron a miles y miles de sus compatriotas más pobres partir, casi con lo puesto, hacia Francia, Suiza, Alemania, Holanda, Bélgica o Dinamarca: las mismas caras de angustia ante su incierto porvenir. También trabajaron duro, y ahorraron, pero los que han vuelto lo han hecho por su propia voluntad, no como expulsados.

Amar a un país, a un pueblo, es amar a su gente y no extasiarse ante sus ciudades —Fez, Mequinez, Marrakech—, sus monumentos o sus paisajes. Todos los marroquíes que he tratado, rifeños o no, me han dado muestras de su hospitalidad, de su educación y de simpatía. Y esto no tiene que ver con que no me guste absolutamente nada ni el régimen político ni la situación económica y cultural que estos hombres y mujeres soportan, situación que quisiera y les deseo que termine lo antes posible, si ellos así lo deciden y son capaces de hacerla cambiar; pero no para ir para atrás, como en la vecina y empobrecida Argelia fundamentalista. ●



MEISEGUER

LA OLEADA

de xenofobia ya desatada
en Europa ha despertado
los rescollos de intolerancia
y de racismo en nuestro país

ficantes de mano de obra semiesclava con sede en Tánger, que por unas 80.000 pesetas les proporciona una contrasena válida en Marruecos y en España: una señal especial en el pasaporte, un periódico abierto en determinada página que han de mostrar visiblemente, cierto modo de llevar una cazadora negra, de cuero o plástico, un gorro de lana de determinado color, y puesto en determinada forma... Esta determinada contrasena les abre el camino de España.

La reciente política restrictiva sobre inmi-